



www.loqueleo.com/uy

© 2016, Federico Ivanier, texto

© 2016, 2024, Gerardo Baró, ilustraciones

© De esta edición:

2024, Ediciones Santillana, S. A.

Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo, Uruguay

Teléfono: 2410 7342

ISBN: 978-9974-92-559-5

Printed in Uruguay - Impreso en Uruguay

Primera edición: noviembre de 2024

Dirección editorial: Viviana Echeverría

Dirección de arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Ilustraciones de cubierta y de interior: Gerardo Baró

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Épicas cucarachas rocanroleras

Federico Ivanier

loqueleg

Medidas drásticas

¿Quién dijo que era fácil ser cucaracha? Y para peor, rocanrolera. Obvio que no era sencillo. Y si no, que se lo pregunten a Iván. Él lo sabía mejor que nadie, o no estaría metido en semejante problema. Y todo por unas simples cáscaras de papa. Pero bueno, ¿quién se podía imaginar todo el lío que vino después? Iván por supuesto que no. Y eso que imaginación nunca le faltó.

Bueno, imaginación para ver lo que podía complicarle la vida, en realidad, digamos que esa sí le faltaba. Iván tenía un cierto talento, una condición natural (suprema) para meterse en líos, pero no tanta para salirse de ellos. Igual, bastante bien se las había arreglado hasta ese momento y su vida iba bastante bien... al menos hasta que esas cáscaras le hicieron perder la paciencia a su padre.

—Pobrecito —dijo su madre esa noche, tratando de calmar la situación mientras se acicalaba las antenas—, hay que tenerle paciencia.

—¿Paciencia? ¡¿Paciencia?! —explotó por decimoquinta vez en el día su esposo—. ¡Tenerle más paciencia

es imposible! ¡Siempre anda con la cabeza en las nubes, con ese tilín-tilín de la musiquita suya! ¡Ya me tiene harto! ¡Harto!

—Es muy chico todavía.

—¿Chico?! ¡Por favor, a su edad yo ya estaba sacando comida de veinte lugares diferentes! ¡Basura sucia y sana, de excelente mala calidad!

—Bueno, Oliverio, no te sulfures.

8 —No, si no me sulfuro, no me sulfuro —dijo su padre, tironeándose de las antenas para no sulfurarse, pero, al final, se sulfuró igual—. ¡IVÁAN! ¡VENÍ ACÁ AHORA MISMO!

Al rato, se lo vio entrar al hueco en la pared donde sus padres pasaban la mayor parte del tiempo, caminando con tranquilidad. Siempre habían vivido allí: en la misma ciudad, en el mismo edificio, en el mismo hueco. Iván, sin embargo, prefería el ducto de la ventilación de los baños. Era el mejor lugar del edificio, siempre lleno de exquisitos aromas a alcantarilla.

—Voy, voy... —dijo, mientras entraba.

—Sí, sí —asintió su padre—. No te apures, mirá que tengo todo el día, ¿eh? Vení tranquilo.

—¿Qué pasa? —preguntó Iván.

—No te sulfuuuuures —canturreó su madre, mirando hacia su marido—. Acordate que te hace mal para la presión.

—No me sulfuro, no me sulfuro, Estela.

—Hola, mamá —saludó Iván.

—Hola, corazón.

—Decime una cosita —interrumpió su padre—, ¿vos no tenías nada que hacer esta tarde?

Iván parpadeó.

—Bueno, tenía ensayo con Serrucho Salvaje...

—¡No me menciones esa banda de rock tuya otra vez, que no la aguanto más!

—Es que pronto vamos a tener un toque en el cumpleaños de...

—¡Basta!

—Van a ir como quince cucarachas, papá.

—¡Dije BASTA! ¿Qué tenías que hacer hoy?, a ver, decime.

—Ensayar...

—¡No!

—¿Qué? ¿Qué tenía que hac...? Uy, ir a buscar algo de las cáscaras de papa que tiraron a la calle. ¡Me olvidé!

—Uy, el señor se olvidó —respondió su padre—. ¡No me digas, no nos habíamos dado cuenta!

—Bueno, voy ahora...

—Ahora es demasiado tarde, Iván. Pasaron unos humanos barrenderos y adiós, chau cáscara de papa, chau comida. ¡Y esta familia que se muera de hambre!

—Yo, igual —dijo la madre—, un día hago dieta. Estoy un poco fuera de línea.

—¡Dejate de dietas vos, que parecés desnutrida!

—Conozco una cucaracha que se sul-fu-ro-ó —volvió a canturrear la madre de Iván.

—Bueno, papá, te juro que no va a volver a pasar.

—No, no me jures más. Ya estoy hasta la punta de las antenas con tanto juramento y promesa y tanta pavadita junta. Ha llegado el momento de tomar medidas drásticas. Por tu futuro. Para que cuando crezcas seas una cucaracha responsable.

Iván tensó sus seis patas. El giro que estaban tomando los acontecimientos no le gustaba nada. ¿Cucaracha responsable? ¿Quién? ¿Él?

10 No, el giro no le estaba gustando nada. Pero nada, nada.

—¿Qué medidas drásticas? —preguntó.

—¡¿Mandarte a *dónde*?! —preguntó Arcadio, el mejor amigo de Iván, con los ojos casi explotándole de la cara. (Para quienes no hayan visto a una cucaracha con los ojos casi explotándole de la cara, es muy recomendable: resulta graciosísimo).

—No sé, a un lugar en el medio del campo, o algo así —respondió Iván.

—¡¿Cómo que a un lugar en el medio del campo?!

—Y sí, al campo.

—¡¿Así, al campo pelado, sin contaminación ni nada?!

Los dos estaban en un rincón del altillo del edificio. Por lo general, nadie se iba hasta ahí arriba a molestarlos, nadie cucaracha y nadie humano. Por eso, era el lugar perfecto para los ensayos de Serrucho Salvaje. Pero esa

tarde no habría ensayo. Lo habían suspendido por las novedades del “envío” de Iván.

—Parece —asintió Iván—. Al campo...

—¿Pero se volvió loco tu padre?! ¡¿Qué quiere?!
¡¿Matarte?!

—No, peor.

—¿Qué?

—Quiere que sea una cucaracha responsable.

Arcadio se llevó un par de pares de patas al estómago.

—Arrjjj. No me lo digas así que me marea... ¡Ay! ¡Ya me mareé! ¡Estoy viendo doble! ¡Dame algo para oler que me desmayo!

Iván le pasó, distraídamente, un pedazo de panceta podrida. Arcadio se llevó la panceta podrida a la nariz y se dedicó a respirar solo eso. Luego, se lo pegó a la nariz y de inmediato le cambió el semblante. Se relajó y se puso a masticar panceta en dudoso estado de conservación.

Iván suspiró. No tenía apetito. Era increíble cómo ciertos tipos de comida llegaban a lugares insólitos del edificio. Pero llegaban. Y la comida alcanzaba para todos: para las cucarachas, para las hormigas, las moscas, los cascarudos, para todos. Era cierto, había que competir para que los demás no se la llevaran toda. Pero, a la larga, nadie se moría de hambre. ¿O sí? Pensándolo bien, Iván no estaba completamente seguro.

Como fuera, el tema de la comida lo tenía sa-tu-ra-do.

—Sí —continuó Iván—. Me va a mandar a una especie de pueblo o algo así. No entendí bien. Tiene un

hermano que vive por allá... mi tío Sansón. Y bueno, me va a mandar para allá.

—Pero... pero —empezó Arcadio, buscando las palabras justas—, tu padre no puede hacerte eso.

—Yo ya le dije, pero él sigue para adelante, como si nada.

—¿Y tu madre?

—Dice que es solo un cambio de ambiente, que tampoco es que vaya a hacerme mal...

12 —Pero... ¡¿y Serrucho Salvaje?!

—No sé.

—¡Claro! ¡Serrucho Salvaje que se muera! ¡Así tratan a los artistas en este edificio!

Los dos cayeron en un silencio profundo. Arcadio parpadeó un par de veces, pensando qué decir.

—¿Por qué fue que se enojó tanto tu padre?

—No sé, por unas cáscaras de papa.

—Es que, vos también... Siempre con la cabeza en otro lado.

—Bueno, basta. No me critiques.

—Igual, tampoco te puede mandar *tan* lejos. ¿Cómo va a hacer para mandarte a un lugar en el medio del campo?

—Dice que tiene unas amigas libélulas que justo van para allá y que tiene todo arreglado con ellas.

—¡¿Y tu madre ahí tampoco dijo nada?!

—Dice que me va a gustar volar. Que hay cucarachas que vuelan y todo...

Arcadio suspiró y meditó un poco más.

—¿Y qué hay para hacer en el campo?

—Y yo qué sé.

—No, no. Todo esto es una locura. Estoy seguro de que podemos detenerlo de alguna manera. Estoy seguro. Segurísimo. Recontrasegurísimo.